

Tomar La Cruz Como Líder

Bill Lawrence

Presidente de Formación de Líderes Internacional

Gólgota

El lugar de la calavera.

Brutal. Público. Vergonzoso. El sonido de los clavos siendo martillados a través de la carne humana en la dura madera, de maldiciones, de gritos, llanto y suspiros. “¡Está consumado!”

La cruz se levanta como una desfigurada e irregular cicatriz en el horizonte de la historia. Asombrosa, más allá de toda comprensión o imaginación: las criaturas crucificaron al Creador. Y ahora el Creador llama a las criaturas a llevar la misma cruz.

Cicerón, el antiguo escritor romano escribió, “Dejen que el nombre de la cruz esté muy lejos no solo del cuerpo de un ciudadano romano, sino aún de sus pensamientos, sus ojos y sus oídos.”¹ Los romanos pensaban que la sola palabra de la cruz era tan obscena como para no ser mencionada en las conversaciones cotidianas. Sin embargo, Jesús nos llamó a tomar la cruz y apropiárnosla, a doblar nuestras espaldas como Él dobló Su espalda y llevó el horrendo peso de una terrible muerte. ¿Por qué debemos hacer esto? Porque el tomar la cruz es la única forma en que podemos negarnos a nosotros mismos, a la fuente de nuestros distorsionados intereses y nuestras mentes engañosas.

Es el “yo” quien busca un reino y una corona, tratando de seguir su propio camino, demandando dirigir en vez de seguir. El “yo” limita a los líderes y nos engaña para buscar la muerte en vez de la vida, y nosotros ni siquiera nos enteramos de lo que está sucediendo. Ninguno pudo haber sido más sincero que Pedro ni más seguro de que él estaba en lo correcto cuando se resistió a la cruz al reprender a Jesús, sin embargo él estaba radical y dolorosamente equivocado. Este “yo” es tan engañoso y destructivo, que nos lleva a la muerte, mientras creemos que estamos echando mano de la vida. Decirle no al “yo” es resistir a la fuerza más poderosa en nuestras vidas, aparte de la cruz y del Espíritu Santo. Somos impotentes para negarnos a nosotros mismos –podemos decir las palabras, pero no podemos llevar a cabo las acciones. Aún si nos encontráramos solos en una cueva en el desierto, totalmente aislados de cualquier tentación de cualquier índole, aún así haríamos lo que el “yo” nos solicitara. Solo la cruz tiene el poder para tomar nuestro ¡No! al “yo” y hacerlo una realidad.

¹ Hawthorne Gerald F., Philippians, Word Biblical Commentary (Filipenses, Comentario de la Palabra Bíblica) Volumen 43 (Waco, TX: Editorial Word Books, 1983), 90

¿Por qué?

Porque la cruz es más que una memoria o una metáfora; la cruz es una realidad, la expresión y la fuente de la poderosa gracia de Dios, derramada para todo aquel que responda, y sigue siendo hoy en día lo que fue en ese terrible Viernes Santo, la mayor manifestación jamás vista de la misericordia y el poder que Dios nos brinda para hacer Su voluntad. Los líderes no pueden dirigir sin una consciente dependencia de la cruz y su significado. Este es el punto que Jesús remarcó fuertemente con Pedro cuando le llamó Satanás a Su futuro líder, y le dijo que se apartara de Su vista. En ese momento Él no pudo soportar siquiera el ver a Pedro, porque le recordaba tanto a Satanás y la detestable tentación que provenía del ser creado más poderoso en el universo, la tentación para hacer la voluntad de Dios a la manera de Satanás, al convertirse en gobernante de todo sin haber llevado la cruz. ¿Qué fue lo que hizo tan atroz la respuesta de Pedro a Jesús? Su enfoque, la fuerza impulsora detrás de sus acciones. Realmente, Pedro reprendió a Jesús porque estaba preocupado por Él, pero Pedro también estaba preocupado por él mismo. A Pedro le preocupaba que si Jesús iba a la cruz, él también tendría que ir, y si eso sucediera, él nunca obtendría la corona que creía que le correspondía por haber seguido a Jesús.

Como líderes, tenemos la misma expectativa que Pedro, la expectativa de recibir una corona de Jesús, porque lo hemos dado todo por seguirlo a Él. Pero es posible que no lo hayamos dado todo y es posible que ni siquiera hayamos estado siguiendo a Jesús; en realidad podemos estar siguiendo nuestra voluntad en el nombre de Jesús. No hemos renunciado a nuestra corona porque, al igual que Pedro, hemos puesto nuestra mente en los intereses del hombre, no en los de Dios. Y hacemos esto en el nombre de Jesús; lo hacemos mientras decimos que hemos renunciado a todo, mientras estamos luchando por entregarlo todo, mientras buscamos por todos los medios renunciar a todo, mientras creemos sinceramente que ya lo hemos hecho. Sin embargo, tarde o temprano, como Pedro, descubrimos que hemos puesto nuestra mente en los intereses del hombre y no en los de Dios. Tarde o temprano, escuchamos el eco del reproche de Jesús a Pedro viniendo a través de los siglos hasta nosotros, y entonces escuchamos Su llamado a negarnos a nosotros mismo, a tomar la cruz, y a seguirlo.

¿Qué significa tomar nuestra cruz? Tomar la cruz es hacer un compromiso total y radical a la voluntad de Dios para que *tú* seas dependiente del poder de Dios para *ti*, no solo de la voluntad de Dios para tu vida o la voluntad de Dios para tu carrera, o la voluntad de Dios para tu ética, o la voluntad de Dios para la clase de casa que compres o la clase de auto que manejes o lo que hagas para tu retiro o cómo manejes tu dinero o qué o cómo hagas cualquier cosa, a pesar de lo importante que sean estas cosas. Tomar la cruz no trata *solo* acerca de conductas externas; sino acerca de algo más allá de eso. Es acerca de la voluntad de Dios para *ti* -acerca de la clase de hombre o mujer en la que te estás convirtiendo, no *solo* respecto a cosas más profundas, tales como la manera en que amas a tu pareja, o cómo educas a tus hijos o cómo honras a tus padres. No, es aún algo más profundo acerca de *ti* como persona, acerca de tus intereses y expectativas y de todo lo que está en tu corazón. Tomar la cruz es un compromiso total y radical a la

voluntad de Dios para tu *corazón* y al poder de Dios para vencer sus intereses, expectativas y demandas.

Pero, ¿cómo tomamos nuestra cruz?

Siguiendo a Jesús, no como un estilo de vida, sino como un estilo de muerte, como morir a uno mismo, que sucede cuando *te vacías de ti mismo, te humillas, y te sacrificas*. En otra parte, cuando Jesús les pregunta a Sus discípulos si tienen el corazón endurecido (Marcos 8:17), Él está hablando acerca del “ego” de ellos. Así que si quieres seguir a Jesús y convertirte en Su clase de líder, debes vaciarte de ti mismo, humillarte a ti mismo, y sacrificarte tú mismo, para que puedas tomar tu cruz de acuerdo a Filipenses 2:5-8.

Vaciarte de ti mismo

Un corazón endurecido es un corazón que mira sin ver, que oye sin escuchar, y que actúa sin impactar. Sucede así, porque está lleno de sí mismo. Un “yo” así llena tanto los ojos, los oídos y las manos, que los deja inutilizados, incapaces de ver u oír a Dios, e incapaces de servirlo eficazmente. Esto es por lo que debemos conscientemente despojarnos de nosotros mismos, así como Jesús lo hizo. Él renunció a todas Sus prerrogativas, a todos Sus derechos, a toda Su gloria, a todo Su poder independiente que poseía por derecho. Él era Dios, pero se despojó a Sí mismo de todo lo que Su deidad le proporcionaba, aunque no de Su deidad misma. Él lo hizo conscientemente, libremente y totalmente. Cuando Él vino a la tierra, vino totalmente como un hombre, sujeto a la voluntad de Su Padre y dependiente del poder del Espíritu para tomar Su cruz.

Nosotros debemos hacer lo mismo. Debemos renunciar a todos nuestros derechos, a todo nuestros privilegios, a toda nuestra independencia, y sujetarnos a la voluntad del Padre a través de la dependencia del poder del Espíritu. Haciendo esto es como tomamos nuestra cruz.

Esto no significa que como líderes renunciemos a nuestra responsabilidad o autoridad más de lo que Jesús lo hizo. Por el contrario, ganamos verdadera autoridad y cumplimos totalmente con nuestra responsabilidad, cuando nos vaciamos de nosotros mismos. Cuando Jesús se despojó de Sí mismo, Él lo hizo para Poder cumplir con la voluntad del Padre, lo que resultó en Su obtención de *“toda autoridad me ha sido dada en el cielo y en la tierra”* (Mateo 28:18-20). Jesús ejerció autoridad sobre los fariseos y los saduceos, sobre los demonios y el diablo, aún sobre los romanos cuando se entregó a ellos para su crucifixión. Jesús demostró una autoridad que nunca habría podido ejercer si no se hubiera despojado de todo, a excepción de la voluntad del Padre. Así también lo hacemos nosotros cuando nos despojamos de nuestros derechos y del ejercicio independiente de nuestra voluntad para hacer lo que Dios quiere que hagamos aunque llegue a costarnos la cruz. Al igual que Jesús. Nunca podremos convertirnos en lo que el Padre quiere que seamos aparte de la cruz, y nunca podremos tomar la cruz a menos que nos despojemos de nosotros mismos, de los más profundos deseos y expectativas de nuestros corazones. Así que consciente y devotamente nos despojamos de nosotros mismos, guiándonos por la Palabra y la voluntad de Dios, buscando diariamente

avanzar progresivamente hacia nuestra vacuidad, para poder crecer progresivamente a la plenitud de Cristo. Esto requiere que nos humillemos.

Humíllate

Por años leí las palabras de Pedro, “*Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios...*” (I Pedro 5:6) y me preguntaba ¿cómo puede un hombre orgulloso humillarse a sí mismo? Esa declaración, dirigida a hombres orgullosos, me parecía contradictoria. Los hombres orgullosos solo pueden ser humillados; un hombre orgulloso no puede humillarse a sí mismo. Entonces le puse atención a un pasaje que había leído y aún meditado incontables veces: “*se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.*” (Filipenses 2:8). Así es como Jesús tomó la cruz: Él se humilló a sí mismo al sujetarse totalmente a la voluntad de Dios para Él, aún cuando Él oró que Si fuera posible no tomara la copa de la crucifixión. Nosotros nos humillamos nosotros mismos cuando obedecemos a Dios sin importar lo que nos cueste, especialmente cuando nos cuesta la cruz con su vergüenza y quebrantamiento y negación de nosotros mismos. Él se humilló a Sí mismo al decir sí cuando quería decir no; al hacer lo que Dios quería que Él hiciera, aunque Él sudara gotas de sangre al pensar en lo que le esperaba.

Así que humíllate: quédate donde estás, dí que sí cuando quieras decir no, haz lo que Dios quiere, escucha las críticas, soporta la injusticia, toma la cruz, sufre la vergüenza y entra a la resurrección. Únicamente esto hará de ti el líder que Dios creó para llegar a ser.

Sacrificate

La voluntad de Dios llevó a Jesús a la cruz, y le costó Su vida; y la voluntad de Dios nos lleva a la cruz y nos cuesta nuestra vida al ofrecernos como sacrificios vivos a nuestro Padre. Nuestros corazones se vuelven ahora corazones *de ofrenda*, corazones que están colocados en el altar de Dios a fin de sacrificar nuestros intereses, para que podamos enfocarnos en Sus intereses. Es así como amamos a nuestros enemigos; es así como bendecimos a aquellos que nos maldicen, es así como perdonamos la infidelidad; es así como acumulamos ascuas de fuego sobre las cabezas de los que nos dañan. Es así como vemos nuestra debilidad transformada en el poder y la gloria de Cristo. Como líderes, todos anhelamos poder para llevar a cabo nuestro propósito, probar nuestro valor, y ganar nuestra gloria, y luchamos constantemente para lograrlo. Lo que a menudo no entendemos es que nuestra manera no es la manera de Dios, que el poder no proviene de nuestros propios logros, sino de la negación de nosotros mismos, de la manera de Dios, que no tiene sentido para nosotros, pero que es el único camino hacia el poder y la gloria.

Cuando tomamos nuestra cruz experimentamos la pena de muerte – y esta pena es real, una copa que no queremos tomar. La crítica, el ataque, el rechazo, las calumnias, la confusión, los malentendidos – todo esto y más nos alcanza como líderes. Sin embargo

algo más llega con la cruz; gloria, la gloria del poder de la resurrección de Cristo, la gloria de Su presencia, de Su aprobación y bendición, la gloria que podemos darle a Él, la gloria que siempre habíamos estado buscando, pero que la habíamos estado buscando en los lugares equivocados.

Para ser el líder que anhelas ser, niégate a ti mismo, toma tu cruz, y sigue a Jesús. Haz lo que hizo Jesús: despójate de ti mismo, humíllate a ti mismo y sacrificate. ¿Podrías alguna vez convertirte en algo más glorioso? ¿Podrías alguna vez dar más gloria a Dios?

www.ObreroFiel.com Se permite reproducir este material siempre y cuando no se venda.